Ilustrísimo Señor, querido Maestro:

SABEIS qué significa esta fiesta inusitada? ¿Sabéis cuál es la causa de los homenajes que se os tributan? ¿Sabéis por qué la sociedad se ha agrupado en vuestra presencia llena de júbilo?

Yo no quiero suplicaros que contestéis á mis interrogaciones, porque sé y me consta que vuestra alma se encuentra muy conmovida al eslabonar el día 18 de diciembre de 1871 con el día 18 de diciembre de 1896, fechas que encierran el mejor período de vuestra existencia; porque sé y comprendo que vuestros más nobles y elevados sentimientos, avivados por los recuerdos palpitantes del mayor acontecimiento de vuestra vida, y por las sinceras demostraciones de cariño que se os tributan, remueven hoy vuestros afectos con tal intensidad que anonadan vuestro espíritu ante lo más justo de vuestras alegrías y la más pura de vuestras satisfacciones.

Si no fuera así, yo me tomaría la libertad de preguntaros: Querido Maestro: ¿qué experimentasteis hace 25 años al ser confirmado para siempre en el ministerio sacerdotal de la Iglesia Militante de Jesucristo; al renunciar á las pompas y grandezas humanas; al consagrar vuestra vida á sostener y propagar las divinas doctrinas del Evangelio? ¿Qué sentisteis hace 25 años, cuando por primera vez, y ante una numerosa concurrencia, silenciosa y de rodillas, celebrasteis el augusto Sacrificio de la Misa; cuando tomando en vuestras manos el Pan Eucarístico lo elevasteis sobre el ara santa del templo de Dios, iluminado por mil antorchas, velado por aromáticas nubesillas de incienso y embellecido por las cadenciosas notas de la música religiosa? ¿No es cierto que entonces vuestro espíritu se fortificó y Dios habló muy de cerca á vuestra alma, infundiendoos valor, resignación y gracia para luchar entre las tempestades de la vida, y vogar sereno en la indestructible y

siempre combatida barquilla del Pescador de Galilea, por el encrespado oleaje de las pasiones mundanales? ¿No es cierto que vuestra alma, en alas de purísima oración, entró en pasmoso éxtasis, que os embelesó con sus encantos, y os hizo experimentar las inefables bellezas que produce la contemplación del misterioso consorcio de Dios con su Iglesia? ¿No es verdad que en vuestro arrobamiento sentisteis la inmortalidad de vuestra alma que hacía esfuerzos por romper su envoltura deleznable para remontarse á los espacios de infinita gloria y recibir los raudales de la luz increada? Pues bien; ¿y no es cierto también que el día 18 del presente mes, al celebrar sobre el altar la reconciliación del hombre con Dios, se repitieron y avivaron en vuestra alma esos mismos sentimientos, esos mismos deseos y esos éxtasis, que solo la Divina Religión del Crucificado sabe infundir en sus hijos predilectos?

Sí, sí es cierto; vuestras emociones se han dibujado en vuestro semblante; y nosotros, vuestros humildes y agradecidos discípulos, hemos podido traducirlas á nuestro profano lenguaje, y aun hemos experimentado algo de esas corrientes eléctricas que circulan por el cuerpo, cuando el alma, sintiendo, sin ver la presencia de Dios, se postra reverente y sumisa, ahogando en su seno la altivez de su vano orgullo y proscribiendo la ruindad de sus mezquinos intereses.

Comprendiendo nosotros que el acontecimiento que hoy conmemoramos, forma época en la historia de vuestra vida, y atentos á vuestras intensas y justas emociones, así como á los servicios que nos habéis impartido, primeramente asistimos con vos al templo, en donde en virtud del sagrado holocausto habéis alcanzado gracia para vos y para vuestra grey; y en él hemos ofrecido al Omnipotente nuestras tibias oraciones en testimonio de que reconocemos el beneficio que ha concedido á vos y á nosotros al conservaros en su sacerdocio por espacio de 25 años; y ahora, nos hemos congregado para felicitaros por las victorias que habéis alcanzado en los campos de la Caridad Cristiana, y para manifestaros, de alguna manera, nuestra gratitud, adhesión y cariño.

Nosotros no podíamos permanecer indiferentes para con vos en fecha tan memorable, sin frustrar nuestros deseos y los marcados impulsos de nuestros afectos. Y con razón: la fecha que conmemoramos nos recuerda el largo período de vuestros sacrificios, que la sociedad ha explotado en su provecho, como que entrañan el germen de la regeneración del hombre. Habéis consagrado el mejor período de vuestra vida en ilustrar á la juventud, en combatir las pasiones, en descubrir y atacar el error, en aliviar miserias y en moralizar la sociedad, afianzando la fé del creyente y atrayendo á la oveja descarriada al aprisco de Jesucristo. Os habéis dedicado á intervenir en los más interesantes asuntos del hombre, recibiéndolo al lucir los primeros albores de su vida en la piscina purificadora de nuestra mancha hereditaria, proporcionándole después, en el desenvolvimiento de sus debilidades, los medios necesarios para sustraerse á su imperio y reparar sus faltas, hasta dejarlo, por últi-

mo, bajo la salvaguardia de la gracia, en el silencioso pórtico de la eterninad. En una palabra; os habéis consagrado, por razón de vuestro santo ministerio, á ser el intérprete entre Dios y el hombre, según la expresión de un gran sabio.

Sobre esos rasgos está calcado el cuadro de vuestra vida sacerdotal.

Por eso, veis, Ilustrísimo Señor, que de todos los círculos de que se compone la gerarquía social han venido, abundando en cariño y gratitud, á felicitaros; porque todos, á la hora del sufrimiento, de la tristeza, de la decepción, de la discordia y del innumerable cortejo de miserias que constituye el patrimonio ineludible de nuestra decaída naturaleza, han ocurrido y ocurren á vos en solicitud de un remedio, ya espiritual, ya intelectual, ya material.

¿Quién podrá formar el inmenso inventario de vuestros actos sacerdotales, y quién calculará el de los beneficios que han producido y los males que han evitado?

Querido Maestro: la magnitud del servicio, nos priva del placer de ofreceros un obsequio que lo satisfaga. Los beneficios que de vos hemos recibido, sólo Dios los remunera con su intuición divina: el que siembra y cultiva el árbol de la Caridad Cristiana, recoge sus frutos en las regiones de la inmortalidad.

Convencidos de nuestra natural impotencia para satisfacer la ilimitada deuda de cariño y gratitud que hemos contraído con vos, permitidnos siquiera iniciarla y reconocerla con gusto de una manera solemne. Permitidnos que os hagamos presentes nuestros ardientes votos por que la Divina Providencia os conserve excepcional longevidad al frente de vuestro santo ministerio, ya que en medio de vuestros sacrificios se robustece la esperanza cristiana de adquirir mayor gloria ante Dios. Permitidnos que expresemos nuestra adhesión llamándoos nuestro piloto, nuestro maestro y nuestro bienhechor, y deseándoos que continuéis, como hasta aquí, estudiando y meditando siempre para predicar incansable los principios eternos del mundo moral y religioso, é infundir con la elocuencia de vuestra palabra y la fuerza del ejemplo, odio al vicio y amor á la virtud. Y por último, permitid que os manifestemos nuestro cariño filial por medio de un pequeñísimo obsequio: es un cuadro fotográfico en que vos ocupáis el centro del grupo, acompañándoos personas eminentes en el mundo científico, y lo que es más, en el mundo de la virtud. En él veréis, cual sombras que sirven para destacar gigantes figuras, las opacas siluetas de vuestros humildes discípulos. Y á pesar de fondo tan obscuro, dignáos aceptarlo, como si fuera un grandioso monumento levantado por la gratitud de un pueblo para hacer imperecedera la memoria de un héroe. Nuestra ofrenda es pobre, muy pobre; pero estoy seguro de que á vuestros ojos es y será simpre grande; y lo que con ello os hemos querido significar, estamos seguros de que vos lo comprendéis y de que os conmoverá con la vehemencia de una pasión que se sostiene con la fijeza de una creencia.

Dignáos aceptarla; y que élla os recuerde que el inmenso grupo de vuestros discípulos necesita de vuestras oraciones, como de su fiel intérprete, para conseguir de Dios gracia y misericordia, al cruzar por las peligrosas asperezas de la vida.

Dignáos, pues, Ilustre Prelado y sapientísimo Maestro, aceptar esta ofrenda en nombre de vuestros agradecidos discípulos.

Ignacio Chávez.